

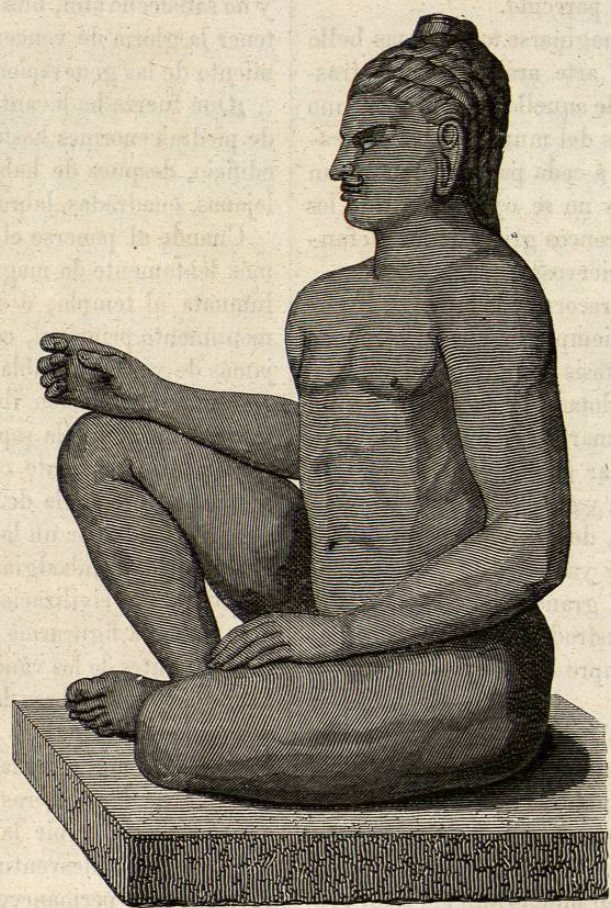
des de otro tiempo, en que los príncipes y reyes del extremo Oriente tributaban personalmente homenaje á la divinidad tutelar de un poderoso imperio? Entonces millares de sacerdotes cubrían en sus procesiones las gradas y terrados del inmenso templo; desde lo alto de sus veinte y cuatro cúpulas las campanas respondían al repique de las innumerables pagodas de la capital vecina, de aquella *Ongkor la Grande*, cuyo recinto de 40 kilómetros de circunferencia podía

indudablemente contener tantos habitantes como las mas pobladas metrópolis del Occidente antiguo y moderno.

XIX.

Ruinas de la provincia de Ongkor. — Monte-Ba-Kheng.

En la cima del monte Ba-Keng, que tiene unos 100 metros de altura, á 2 millas y media al Norte de



Estatua del rey leproso.

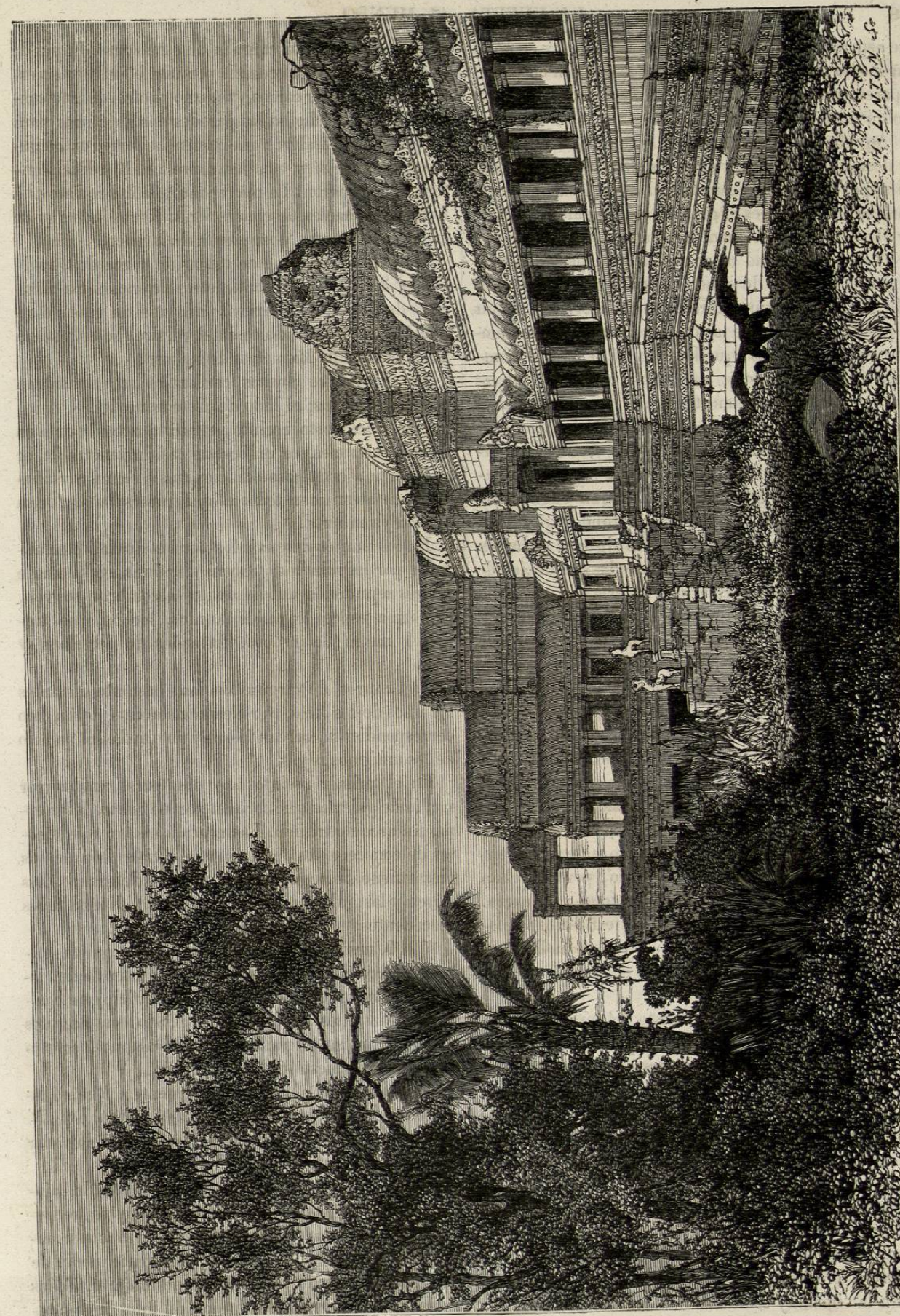
Ongkor-Wat, en el mismo camino que va á la ciudad, se levanta un templo.

Al pie del monte, en medio de los árboles, se elevan sobre un solo pedestal dos magníficos leones de 2 metros y 25 centímetros de altura.

Escaleras en parte destruidas conducen á la cima del monte, desde la cual se goza de una perspectiva tan estensa y tan bella, que á nadie sorprende que aquel pueblo que tanto gusto ha mostrado en la disposición de sus magníficos edificios, de que procuramos dar una idea, coronase aquella cima con un espléndido monumento.

Por un lado la vista, despues de haberse abismado en una llanura quebrada y contemplado el piramidal templo de Ongkor y su rica columnata, en torno de los cuales ondea el follaje de los cocoteros y palmeras, se pierde en el horizonte en las aguas del gran lago, no sin haberse detenido estática un momento en un cinturón de bosques y en el escueto montecillo llamado Chromó que está mas allá de la ciudad nueva.

Por el lado opuesto se estiende la larga cordillera de montañas que, segun se dice, ha suministrado las ricas canteras de que se sacaron tan soberbias moles



Pórtico central de Ongkor-Wat.

de asperon, y despues, algo mas al Oeste, y siempre en medio de espesos bosques que lo ocultan en parte, aparece un precioso lago como una cinta azul tendida sobre un tapiz verde.

Aquella bella naturaleza está actualmente tan muda y desierta como viva y animada debió de estar en otro tiempo. Turban únicamente el silencio de aquellas profundas soledades el grito de los animales silvestres y el canto de unos cuantos pajarillos.

¡Triste fragilidad de las cosas humanas! ¡Cuántos siglos y millares de generaciones habrán pasado por allí, de quienes nunca dirá nada la historia! ¡Cuántas riquezas y tesoros de arte permanecerán para siempre sepultados bajo aquellas ruinas! ¡Cuántos hombres ilustres, artistas, soberanos, guerreros, cuyos nombres merecian immortalizarse, no saldrán jamás de la densa capa de polvo que cubre sus tumbas!

Cubre toda la cima del monte una costra cáliza tallada de manera que ofrece una vasta superficie plana. A espacios regulares, se encuentran cuatro filas de agujeros cuadrados bastante profundos que están en frente los unos de los otros. En algunos se hallan aun en pie columnas tambien cuadradas que debian de sostener los techos y formar una galería que conducia desde la escalera al edificio principal, y cuyos dos brazos transversales enlazaban igualmente cuatro torres avanzadas. Estas últimas son en parte de ladrillo y en parte de asperon. A juzgar por la labor de los pormenores, y sobre todo por el estado de vejez de la piedra que al tocarla con los dedos se reduce á polvo en algunos puntos exteriores, aquel edificio es de un origen muy anterior al de algunos otros monumentos. El arte se hallaba entonces en mantillas como la ciencia; las dificultades estaban vencidas, pero se ve que costaron grandes esfuerzos de trabajo y de inteligencia. El gusto era ya grande y bello, pero se echan algo de menos el genio, la espontaneidad y la fuerza. En una palabra, el templo del monte Ba-Kheng parece haber sido uno de los preludios de aquella civilizacion de que Ongkor-Wat debió de ser mas adelante el coronamiento.

A 6 ó 7 kilómetros al Noroeste del templo, yacen las ruinas de Ongkor-Thom, la capital antigua. Un principio de calzada en parte destruido, oculta bajo un grueso techo de arena y de polvo y que atraviesa un ancho foso cercado de escombros de piedra, de columnas, leones y elefantes, conduce á la puerta de la ciudad, la cual tiene la forma y las proporciones de un arco de triunfo.

Aquel monumento, bastante bien conservado, está compuesto de una torre central de 18 metros de altura, rodeada de cuatro torrecillas y flanqueada por otras dos torres con galerías que las enlazan.

En la cima hay colocadas cuatro enormes cabezas del gusto egipcio.

Todo el resto está cargado de esculturas. El pie de la torre mayor está cruzado por una bóveda que permite el paso á los carros, y á uno y otro de sus costados se han hecho en las paredes dos aberturas para las puertas y escaleras que ponen las torres en comunicacion entre sí y con las murallas. El edificio entero es de asperon. La mayor muralla del recinto está formada de moles de concreciones ferruginosas y se estiende á derecha é izquierda de la puerta.

Dicha muralla tiene de estension cerca de 24 millas, y 3 metros y 80 centímetros de ancho. Su altura es de 7 metros, y sirve de apoyo á un glásis ó esplanada que partiendo casi del vértice, se estiende á una distancia de 15 metros de su base.

En los cuatro puntos cardinales se encuentran puertas análogas; el lado del Este tiene dos.

En aquel vasto recinto, cubierto actualmente en todas direcciones por un bosque casi impenetrable, se descubren á cada paso edificios mas ó menos arruinados, que atestiguan todos el antiguo esplendor de la ciudad ya muerta.

En los puntos descuajados por las lluvias ó ahuecados por los mineros que van sin duda en busca de tesoros sepultados debajo de los escombros, se ven, bajo una espesa capa de humus, lechos, que tienen 1 metro de grueso, formados de porcelana y loza.

Tres muros de circunvalacion, bastante distantes los unos de los otros, y rodeado cada cual de un foso correspondiente, cercan lo que aun queda del palacio de los antiguos reyes.

En el primer recinto hay dos torres unidas por medio de galerías que forman por los cuatro lados como un arco de triunfo. Las murallas están compuestas de concreciones ferruginosas y cada una de sus piezas tiene de largo lo que la muralla de grueso. Las torres y las galerías son de asperon como los edificios precedentes.

A 100 metros del ángulo del cuadro que se encuentra formado hácia el Norte por la muralla de circunvalacion se levanta un singular edificio que consiste en dos altos terraplenes cuadrados en ángulos entrantes unidos al muro de circunvalacion por otro muro; pero todo está medio arruinado.

En una cavidad abierta recientemente por los mineros se encuentran grandes piedras labradas y esculpidas que proceden al parecer de la parte superior que se derrumbó sin duda.

Las paredes, aun intactas, están cubiertas de bajo-relieves que forman cuatro series sobrepuestas, representando cada una de ellas un rey sentado á la oriental, con las manos descansando en la parte media de un puñal, y rodeado de una corte de mujeres. Todas las figuras están cargadas de adornos, tales como pendientes en las orejas escesivamente largos, collares

y brazaletes. No llevan mas trage que un ligero taparrabos, y todas ostentan un peinado que termina en punta y que parece componerse de pedrería, de perlas y de adornos de oro y plata. Los bajo-relieves de otro lado representan combates, y en ellos se notan niños de larga cabellera formando mechón, y sin mas vestido que el estrecho langouti de los salvajes del Este.

Dichas figuras son todas sin embargo inferiores en mérito á la estatua llamada del *rey leproso*, cuya cabeza, tipo admirable de nobleza, de regularidad, de delicadeza de facciones, dulce y altiva á un mismo tiempo, debió de ser obra del escultor mas hábil de aquella época en que habia muchos dotados de gran talento. Un bigote fino cubre el labio superior, y una larga cabellera ensortijada cae sobre sus hombros; pero todo el cuerpo está desnudo y destituido de adornos.

Tiene rotos un pie y una mano.

Su tipo es esencialmente el de los arianos de la India antigua. Esta circunstancia unida al carácter de muchos bajo-relieves de los templos y de los palacios de Ongkor, que parecen inspirados por la mitología y los combates cantados por el Ramayana, nos recuerda la mas alta civilizacion de la India, la época que precedió á las escisiones de sus creencias y á las luchas de diez siglos entre el bramanismo y el budismo. La tradicion local confunde el original de la estatua del rey leproso con el fundador de Ongkor.

La ciudad en sus inmediaciones conserva un testimonio no menos irrecusable que sus templos y sus palacios de la superioridad de sus primeros arquitectos comparados con todos los de la Indo-China moderna. Este nuevo testimonio es un puente de muy antigua fecha, en bastante buen estado de conservacion, esceptuando el parapeto que ya no ofrece á la vista mas que un monton de ruinas en desórden. Los machones, los arcos y las bóvedas que le forman, contruidos por el mismo sistema que los techos abovedados de los templos, permanecen aun en pie. Los machones están formados de moles de asperon, largas las unas, cuadradas las otras, y sentadas irregularmente. Algunos están esculpidos, y en el supuesto de que no se tomasen de otros monumentos, debian ser desperdicios desechados á causa de algun defecto, pues algunos están colocados en sentido contrario al que les corresponde.

El puente, con sus catorce arcos estrechos, tiene de 42 á 43 metros de longitud y de 4 á 5 de ancho.

El río, en lugar de pasar por debajo de los arcos, corre actualmente por un lado, habiéndose modificado su lecho desde la construccion del puente por las arenas que acarrea y que se han amontonado al pie de los arcos y alrededor de las piedras caidas, de modo que ocultan la mitad de la obra.

Debajo del mismo puente hay muy poca arena.

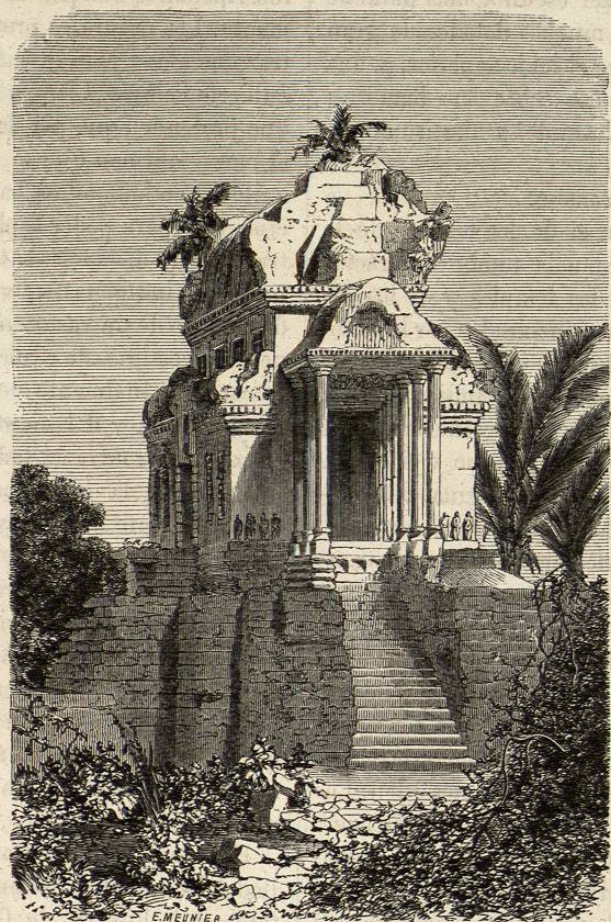
Debió servir para poner en comunicacion la ciudad de Ongkor la grande con la alta y ancha calzada que cortando la provincia del Oeste al Este en un espacio de mas de 30 millas, se dirige en seguida hácia el Sur.

En aquel terreno recorrido, casi todas las ruinas son ricas en inscripciones grabadas, entre cuyos caracteres los hay que se emplean generalmente y otros muy raras veces. Los caracteres mas usados entre los cambodgianos son los del alfabeto pali; pero nadie en Siam ni en Cambodge ha podido traducir aquellas inscripciones, aunque se las puede distinguir fácilmente. Los naturales pretenden que hay que encontrar una clave para descifrarlas; pero no la han descubierto todavía. Llamen la atencion sobre una piedra que pretenden que por debajo de tierra comunica con el mar y afirman que se mueve cuando el mar está agitado, no hallándose bastante adelantados en conocimientos para poder explicar semejante fenómeno. A tres dias de distancia de Ongkor, segun las narraciones de los indígenas, se ven las ruinas de tres ciudades al lado de un vasto santuario, y en todas direcciones hay vestigios de edificios que prueban que aquella comarca, actualmente desierta, fue en otro tiempo muy poblada y floreciente. Pocas naciones hay que ofrezcan un contraste tan sorprendente como el Cambodge entre la grandeza de su pasado, llegada al punto mas culminante, y la abyeccion de la barbarie actual. Ninguna otra se hallaria hoy tan completamente privada de recuerdos, de tradiciones, de documentos históricos. Prescindiendo de las narraciones fabulosas de los historiadores chinos y de algunas leyendas mas probablemente compuestas por los sacerdotes que dominan aquel pueblo supersticioso, que trasmitidas de una á otra generacion, el mundo no posee noticia alguna de aquel pais en otro tiempo tan poderoso y hoy tan degradado.

El actual rey del Cambodge pretende haber hallado documentos bastante positivos para poder establecer la historia de Ongkor hasta una época que precede á la era cristiana, y hace algunos años que el prohibir la moneda esférica para reemplazarla con otra chata, se aprovechó de la ocasion para perpetuar el recuerdo de Ongkor-Wat y de su grandeza, haciendo representar en la moneda una vista del edificio. El soberano de Siam hoy reinante, que por espacio de algunos años ha sido jefe de un templo, y que considera esta cuestion como del mayor interés, ya sea á consecuencia de las asociaciones de ideas de su antigua profesion, ya porque el fundador de su dinastía era oriundo de Cambodge, asegura que toda la historia de la India allende el Ganges, remontándose á mas de cuatrocientos años, es indigna de fe y está plagada de fábulas ridículas. En uno de los libros ca-

nónicos budistas, el Cambodge, citado como la décima-sesta de las diez y seis naciones mas poderosas de la tierra, está señalado como un pais en que las ideas liberales predominaban completamente, pues no se conocia en él ni aristocracia ni servidumbre hereditaria. Segun el mismo documento, el fundador de Ongkor-Wat vivió en el tercer siglo de la era crisriana. Se llamaba Bua-Sivisithiwong, y mandó á buscar sacerdotes budistas á Ceilan, siendo ésta

una importacion que se ha renovado despues con frecuencia. Aquellos desterrados voluntarios acudieron con sus trabajos dogmáticos, y con objeto de preservar de toda injuria aquellos documentos sagrados, el rey hizo construir espresamente un monumento de piedra, donde se pretende que permanecen intactos. Aquellos libros estaban formados con los materiales ordinarios de aquella época, con hojas de palmeras.



Pabellon central de Ongkor-Wat.

«¿Y presumís que duran todavía?»

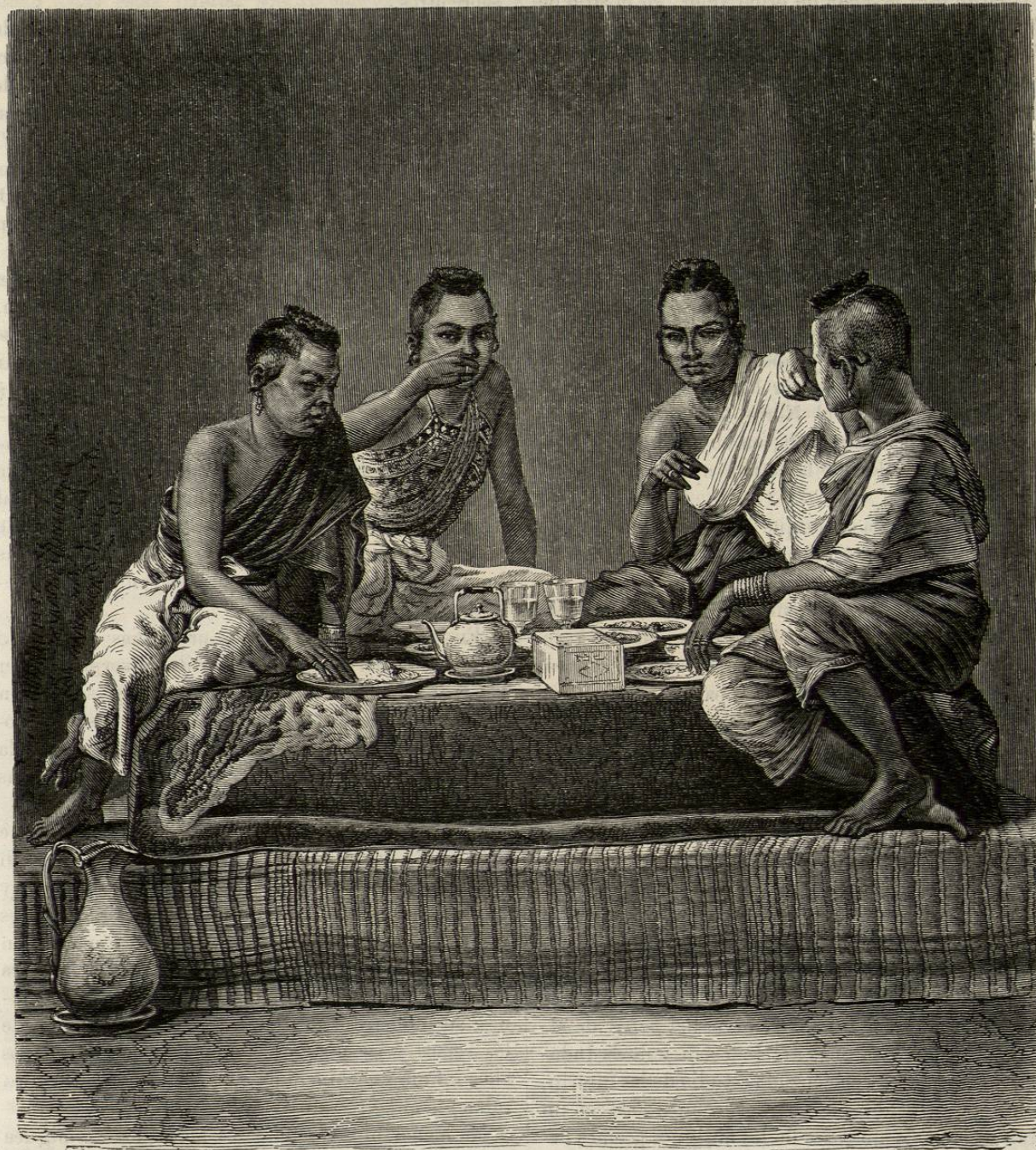
Tal ha sido la observacion del rey actual, al referirle esta circunstancia. La respuesta envuelve cuando menos una duda, y hasta mas amplio informe será la última palabra sobre el objeto en cuestion. Hé aquí ahora la leyenda:

Bua-Sivisithiwong era, y bien podemos decir que afortunadamente, un rey leproso, y para obtener de los dioses la salud hizo levantar el gran templo. Concluida la obra, el rey viendo que no se habia curado, perdió la confianza que tenia depositada en las divi-

nidades, y recurrió á la ciencia de los simples mortales. Ofreció al que le curase una gran recompensa. La época en que ocurrió lo que estamos refiriendo se deja á las conjeturas de cada cual; pero la verdad es que si entonces como ahora no habia en Cambodge ni en Siam hombres capaces de curar la lepra, no debe causarnos ningun asombro. Solo un braman ilustre, djogui ó fakir, se atrevió á emprender la curacion. Creia á pie juntillas en la virtud de la hidropatía, pero preferia que el líquido estuviese hirviendo, y propuso á su real cliente que se sumergiese en un

baño de agua fuerte, líquido bastante corrosivo. El rey vaciló, como era natural, delante de tan heróico procedimiento, y espresó el deseo de que se hiciese

antes la prueba en otro; pero nadie se presentó para sufrirla, y el fakir propuso entonces sujetar á ella á un animal. El rey, que en el fondo estaba celoso del



Comida de damas siamesas.—De fotografía.

poder sobrenatural del braman, le preguntó si queria hacer el experimento en sí propio. «No tengo inconveniente, replicó el fakir, si vuestra magestad me

promete formalmente echar encima de mí ciertos polvos que pondré en manos de vuestra magestad.» El rey se lo prometió, y el desgraciado médico, crédulo